



# EL ECO DE CARTAGENA

BOCANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11224

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extran-  
o.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.<sup>o</sup>  
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 5 DE ABRIL DE 1899

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de  
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loretta rue Caumartin  
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## TOMAMOS NOTA

El brillante resultado que ha ob-  
tenido Murcia con sus fiestas reli-  
giosas y profanas, ha sugerido aquí  
el deseo de confeccionar para el  
año venidero un programa que  
llame poderosamente la atención  
de los forasteros.

Tarde nos hemos convencido del  
interés que entrañan los festejos,  
para las poblaciones, cuando aque-  
llos valen la pena de hacer un viaje  
á fin de verlos; pero más vale tarde  
que nunca y nunca es tarde si la  
dicha es buena.

Para nosotros lo ocurrido en  
Murcia no constituye una revela-  
cion; acostumbrados á leer diaria-  
mente la prensa de España, hemos  
aprendido que la gente va donde  
la llaman con distracciones y feste-  
jos. Por eso hace dos años hicimos  
la campaña del botijo y excitába-  
mos á los que debían intervenir en  
el asunto para que se decidieran á  
hacer algo que lo hiciera venir.

Desgraciadamente nuestra voz se  
perdió en el vacío; nuestro entu-  
siasmo no se propagó á nadie; nuestra  
propaganda no hizo prosélitos.  
Algunos nos llamaron visi-  
onarios; otros, más indulgentes,  
aplaudieron nuestra campaña, pe-  
ro no pasaron de ahí. Y cuando  
alguien allegado á la empresa fe-  
rroviaria estuvo á visitarnos para  
saber si se contaba con elementos  
para hacer venir el tren botijo, no  
surgieron iniciativas ni hubo en  
nadie voluntad decidida de reali-  
zar semejante deseo.

A lo que nosotros no nos atrevi-  
mos hace dos años se han atrevido  
ahora los murcianos, y sus periódicos  
vienen pletóricos de orgullo,  
satisfechos del papel que ha hecho  
la capital de la provincia ante los  
forasteros esta Semana Santa.

Es muy natural que así sea; la  
prensa murciana ha trabajado con  
ahínco. Justo es que esa prensa

goco de su triunfo, y más justo es  
aun que sienta las satisfacciones  
propias de quien, laborando gene-  
rosamente en el negocio ajeno, lo  
ve realizado.

Por fortuna, para la capital, la  
prensa no ha labrado en terreno  
eséril; al contrario, echada á vo-  
luntad, encontró á todo el mundo dispuesto en pro de  
que se realizara y ni los particula-  
res ni los gremios, rogáron el  
dinero necesario para el programa.

La prueba ha sido concluyente,  
y en vista de ello se han desperta-  
do ahora los entusiasmos en los ti-  
bios y se han dado á partido los  
incrédulos. Y ya se habla con cierto  
calor de juntas magnas, de elemen-  
tos valiosos que pueden coadyuvar  
al mejor cumplimiento de las fiestas,  
de corridas de toros, de veladas  
maritimas y de otros festejos no  
menos importantes.

De aquí á Semana Santa queda  
un año, tiempo más que suficiente  
para preparar lo que se desee; has-  
ta para olvidar lo que se piense  
ahora hay tiempo en ese plazo.

Por si acaso se olvida, tomamos  
nota para recordarlo en momento  
oportuno.

## MUNDO MUNDO!

Qué pasada es de este mundo  
la carga ¡vágame el cielo!  
cuando ya uno se aproxima  
como yo, á los tres durejos...

Caminando casi á tientas  
por evitar un tropiezo;  
con la tristeza en el alma  
y la fatiga en el cuerpo,  
la espina dorsal doblada,  
siempre la vista en el suelo  
como si estuviera á malis  
uno con el firmamento.

Unos, al pasar me empujan,  
otros, me dan un rodeo,  
y nunca falta una hembra,  
que al ver mi infeliz aspecto,  
recogiéndose la falda,  
no diga: pase el jamerto.

Mas todo en el mundo acaba,  
nada en él subsiste eterno,  
no hay placer que no concluya  
ni dolor que no hallé término;  
todo llega al fin y al cabo,  
yo también llegaré presto,  
vamos andando otro poco,  
ya me falta corto trecho.

De esta suerte se quejaba  
un pobre diablo gallego  
que llevaba un mundo á cuestas  
de nueve arrobas de peso.

León Pagellá.

## DESDE LOS MADRILES

(De nuestro servicio especial)

Pasó la Semana Santa como pasa to-  
do, exceptuando alguna que otra pesa-  
ta, á la que le ocurre lo que á la mona-  
da de dos duros de que habló Manuel  
del Palacio.

Durante la semana de Pasión, y espe-  
cialmente jueves y viernes, hemos teni-  
do ocasión de ver curiosísimos figu-  
rines.

Ha habido señor, que ha exhumado  
un sombrero de copa digno de figurar  
en la colección famosa de Mariano Fer-  
nández, y hemos visto por ahí sombros  
de aquellos que saludaron la lle-  
gada de Espartaco, y levitas de corte  
rápido y algunos prehistóricos.

Los pollos, en plena primavera, ra-  
diante de sol y de calor, han lucido sus  
talles ebultos á cuerpo gentil, y las ni-  
ñas, llevándolo virosas la mantilla clási-  
ca, y los clavos dobles ó sencillos,  
también se han lucido, visitando los Sa-  
grarios y pasando por la carrera que  
había llevado la procesión.

Por cierto que muchas de éstas seño-  
ritas han ostentado unos dijes simbóli-  
cos hasta cierto punto, que prueban, si  
no precisamente las ganas de casarse,  
el deseo de ir á la moda.

Me refiero á los dijes con hojitas de  
trébol y á los relojes—¡oche V. jota!—  
también con trébol de la casa Coppel,  
la que ha regalado el reloj que hacia el  
número 50,000 de los vendidos en los  
doce años que cuenta de existencia,  
además de obsequiar con espléndido  
banquete al afortunado que pretendió

comprarlo, mi compañero Alonso Mo-  
rales.

Esto demuestra que el género de ma-  
ridos va como el aceite, poniéndose por  
las nubes, y que Coppel sabe lo que le  
conviene á nuestras concludanas.

El trébol se impone y el conocido re-  
lojero ha dado la hora con sus relojes.

También he visto mantillas tradicio-  
nales, de esas que se perpetúan á tra-  
vés de diez ó doce generaciones, y ves-  
tidos de seda de los procedentes de  
salidos

Este año, con dos días espléndidos el  
lujo se ha desbordado y nadie al tran-  
sitar por las calles en tales solemnida-  
des, hubiera podido adivinar que Ma-  
drid es un pueblo pobre, y sin embargo  
«no es todo oro lo que reluce», y á buen  
seguro que muchas elegantísimas seño-  
ras que por ahí han deslumbrado con  
sus encajes, habrán ido á ver á D. Ju-  
das, para decirle:

—Vengo á traerle á V. la mesa del  
comedor que para nada nos hace falta  
y que me dé V. en cambio la mantilla  
de blonda, porque quiero que mañana  
me vean las de Verdoncillo y rabien de  
envidia.

Aquí donde se empeñan los colohones  
para ver matar al Guerrita, es seguro  
que esta Semana Santa se han empeña-  
do hasta los visillos para sacar á relu-  
cir moños y trapos.

Pero el caso es, que el Madrid que  
se ha exhibido en las calles, ha sido lu-  
joso, aún más que otros años.

¿Quién dirá que aún no hemos podido  
liquidar sus pagas á los repatriados...

El calor aprista de veras, y no pare-  
ce sino que la Naturaleza ha hecho es-  
tos días su Agosto.

Ya hay quienes han hipotecado la  
capa, y ciudadanos que andan por casa  
en paños meneros.

Los proyectos para el verano prin-  
cipian ya á ser la pesadilla de muchos  
cabezas de familia y cabezas de turco.  
—Es preciso—dice D.<sup>a</sup> Filomena á  
su esposo—que este año nos llevos á  
Arochón.

—Eso sería enviaros al ostracismo,  
de ninguna manera.

—Pues es necesario que salgamos á  
alguna parte.

—Pues salís á la calle y dais un pa-  
sello.

—Bueno, bueno; ya verás cómo ce-  
des; hasta el mes de Mayo te espero  
aquí estamos en Abril.

—El mes de las lilas.  
—Y si no vamos de verano, ¡ya ve-  
rás! Per el pronto suprime el tabaco y  
café; ahorra y verás cómo pasamos una  
temporada.

Y el hombre tiene por último que  
levantar un empréstito que le levanta  
en vilo todo el año.

La temporada taurina empieza á ex-  
cavar los ánimos de los aficionados.

—Hay poderosos que no contentos  
con abonarse ellos han tomado hasta  
siete delanteros del 3 para su señora, la  
niñera, dos amas y tres niños todavía  
en la dentición.

—El pueblo de pan y toros renace  
cuál nuevo Fénix de las cenizas del ar-  
te de Cúchares.

—Este arte que estaba perdido en la  
opinión siempre respetable de algunos  
coetáneos de Montes, de esos que pien-  
san con Jorge Manrique que «cualquier  
tiempo pasado fué mejor» parece vol-  
ver ahora, sino á las épocas de la com-  
petencia de «Frasuelo» y «Lagartijo»,  
á las del «Espantero».

—En la calle de Sevilla se agitan y  
cabildean diestros, siniestros y maletas.  
—Varemos lo que el tiempo dá de sí.  
—Por lo pronto el abono ha sido más  
abundante que el del Real.

¿Se pondrá afónico Mazzantini?

El rey Oscar, si sease el monarca  
que ocupa el trono de Suecia, ha estado  
en San Sebastián y acudirá á Fuente-  
rria para presenciar la lidia de los  
novillos de Beriana por los chicos del  
Bernatillo.

Dícese que esta es la primera fiesta  
taurina que presencie Su Magestad  
sueca.

Será curioso conocer sus impresiones  
personales acerca de las corridas de  
toros.

Suponiendo que el rey hable sincera-  
mente y no se haga el sueco.

Candela.



Los regimientos de «Burgos» y del  
«Infante» en la batalla de Maypú.

5 de Abril

Cual si fuera lenitivo obligado para

—Os escucho, dijo Pommeferre con vos apenas in-  
teligible.

Ursula leyó lo siguiente:

«Mr. Horacio Prevaux de la Chaumiere:

«Estoy tan segura de lo que me estimais, que me  
atrevo á pedir un favor, sin temor de que me lo  
negueis. Os vais á asombrar cuando os diga que al  
fin me he enamorado, y que solamente en vos con-  
siste se satisfagan honestamente mis amores. Os  
ruego deis la licencia que necesita para casarse con  
unigo al mosquetero negro del rey de Francia, An-  
tolin Pommeferre. Me apresuro á daros las gracias  
por ese favor que cuento de vos como recibida.—  
Vuestra humilde y afectuosa servidora, Ursula Qui-  
lones».

—¿Y he de llevar yo esa carta á mi amo? dijo  
Pommeferre.

—Indudablemente, á no ser que renunciéis á ca-  
saros conmigo.

—Podríamos casarnos sin ese requisito.

—Es que yo me caso sino con todos los requisitos  
necesarios.

Y Ursula cerraba aquella especie de carta de  
Ursula.

—Pero mi amo me va á rajar de abajo bajo; se-  
ñora: en primer lugar, ayer fui torpe y se me es-

—Cabalmente; y Mr. de la Chaumiere os ama, se-  
ñora.

—Por lo mismo me complacerá.

—Mi capitán me romperá la cabeza.

—No, vuestro capitán osará, porque no puede  
menos de creerlo, al ver que yo le escribo acerca de  
este asunto, que mi casamiento con vos no es otra  
cosa que un medio para encubrir mis amores con él.

—¿Y ese es verdad, señora? dijo Pommeferre so-  
focado.

—No seáis imbécil, amigo mío: para eso me hu-  
biera casado con mi maestro de gramática Marcos  
Calderón; pero, dejadme, dejadme escribir.

V

Ursula, que se había quitado el manto, fué á una  
papelera, la abrió, se sentó delante de ella, y se pu-  
so á escribir.

Entre tanto, guardaban silencio Carlota y Pom-  
meferre.

Este estaba realmente preocupado. Un color se le  
iba, otro se le venía y sudaba.

Carlota se mostraba completamente impasible.

Ursula tardó cinco minutos en escribir la carta.

—Oid, dijo á Pommeferre, lo que digo á vuestro  
capitán.

La criada estaba sin duda prevenida, porque abrió  
la puerta é introdujo á Antolin en una alegre salita  
brillantemente amueblada.

Nadie había en la sala.

Poco despues de haber entrado en ella Pommefer-  
re, se abrió una puerta vidriera, y adelantó una  
mujer, que apesar de sus cincuenta años, parecía  
aún hermosa, vestía como hubiera convenido á una  
dama, y con muy buenas maneras, lo que no deso-  
ció Antolin.

III

Era Carlota, la madre ignorada de Ursula, la  
amante del verdugo.

—Sentaos, dijo con afabilidad á Pommeferre, se-  
ñalándole un canapé de caoba con forro de damaseo  
amarillo: sentaos y dejad el sombrero, porque esti-  
mándoos tanto como os estima Ursula, y siendo yo  
tan su amiga, estais en vuestra casa.

Antolin dejó el sombrero sobre un sillón.

—¿Con que decís, conestó turbado, que la señora  
Ursula me estima?

—He dicho poco, contestó Carlota: Ursula os ama:  
¿cómo os habeis compuesto para que os ame en tan  
poco tiempo, ella, á quien nunca se le han conocido  
amores.